



Lamentaciones de un prepucio (Dios es cruel)

Shalom Auslander

El autor procede de una familia judía ultraortodoxa y su vida ha sido marcada por la visión religiosa integrista que le ha rodeado. El libro, lleno de situaciones extremas que nos llevan a la carcajada, es a su vez una forma de conjurar los demonios que han poblado la vida del autor.

Se ríe de las absurdas contradicciones y creencias del entorno familiar y social del que procede, pero también de los miedos que ha heredado. A través del repaso de su vida, el autor, nos lleva a conocer las extensas y rígidas reglas que controlan su sociedad.

Desde que se puede comer a como vestirse, pasando por el contenido de sus estudios, todo está regulado, en una sociedad sometida a un dios cruel y vengativo.

La paulatina rebelión del protagonista le llevará a infringir las leyes de su pueblo, pero a un alto coste, el permanente miedo al castigo divino, directo contra él o a través de las personas por él queridas, su mujer y su futuro hijo.

El punto final de ese desencuentro familiar, y a la vez social, será su proceso de enfrentamiento al ritual básico por excelencia, la circuncisión del hijo, que curiosamente, al cumplirse, se convertirá en la causa de ruptura final con una madre, la del protagonista, que declara no tener ya hijo.

Es un relato lleno de humor que consigue mantener nuestra sonrisa en los labios, cuando no arranca nuestra carcajada. Pero al terminar la lectura y tener una visión de conjunto de la historia, no deja de aparecer un cierto sabor agrídulce que puede resumirse en una de las últimas frases del libro, la de la esposa del protagonista: "*Desde luego, lo que hicieron contigo no tiene nombre*".

Aunque quizás si lo tenga, porque la obsesión religiosa, el fanatismo, el integrismo convierte en torturadores psicológicos (y a veces físicos) a sus practicantes.